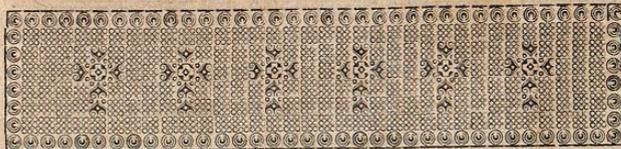


diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho.

La noche del 27 hay continuamente en las mezquitas un ministro, que sin tener libro delante, recita el coran en alta voz; el pueblo se mantiene de pié escuchándole. Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que al apuntar el día se ha recitado ya el coran todo entero. En la misma noche hay iluminacion en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mugeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales innumerable multitud de niños de todas edades, mugeres, santones, imbéciles buenos y malos, mueven una behetría infernal: y entretanto, ó se recita el coran ó se dicen oraciones.

Todas las noches del Ramadan, ántes de amanecer, hay dependientes de las mezquitas que corren por las calles, armados de enormes mazas, con las cuales dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer ántes de la hora de la oracion de la mañana.



CAPÍTULO VII.

ANTIGÜEDADES EGIPCIAS.

CUANTOS viajeros van á Egipto, quedan pasmados al ver dos edificios magníficos que nos han quedado de la grandeza de los Faraones, y admiran la vastedad de sus planes, la firmeza de sus voluntades y la inmensidad de los gastos para levantar aquellas obras, de las que algunas han sobrevivido á tantos siglos, á tantas generaciones y á tantos imperios, y que indudablemente subsistiran por muchos años despues que haya desaparecido la generacion actual sobre la tierra. De las prodigiosas construcciones que hoy existen, solo se hablará de aquellas cuya nombradía se ha entendido por toda el globo, desde Pekin á Paris, y des-

de Patagonia al Canadá, á cuyos monumentos se añadirá algun otro, que si bien está arrasado hoy, fué sin embargo el pasmo de los tiempos antiguos.

Pirámides.--Iba navegando en el Nilo, con direccion á Menfis, el viagero Michaud, entregado, dice, á vagas reflexiones, cuando derepente oí gritar junto á mí: *¡Las pirámides! ¡Las pirámides!* Salí de mi cámara, y se me presentaron en el lejano horizonte las tres pirámides de Giseh, las que segun nuestros marineros, distaban mas de ocho leguas. Se levantan sobre una superficie plana y bajo un cielo blanco, y el espacio que nos separa de ellas las hace parecer transparentes. Es difícil definir la sensacion que se experimenta á la primera vista: es una especie de inspiracion grave de la soledad, mezclada con las ideas del cielo y de sus maravillas, es el misterioso Egipto que sale del sepulcro, y levanta su cabeza al firmamento: hiere allí á la imaginacion la vasta extension del desierto y su profundo silencio: no se experimenta terror á su aspecto, como lo pretende Clarke, sino que las pirámides causan cierta turbacion y cierta mocion semejante á la que causa un gran pensamiento moral, como un canto de la Iliada, ó como un bello pasage de los profetas. Se siente uno penetrado de no sé que sentimiento religioso, que nos trasporta á los tiempos antiguos, y nos inspira seguridad para lo futuro, y por eso concibo bien ahora las palabras que dirigió Bonaparte á sus soldados: *Desde la cumbre de las pirámides os contemplan treinta siglos.* Son en realidad estos monumentos, co-



Las Pirámides de Egipto, la Eslinge

mo columnas colocadas en el camino de la eternidad, y si la inmortalidad fuera capaz de personificarse, y se nos apareciera, yo creo que se manifestaría á la tierra desde la punta de las pirámides.

Vistos una vez los monumentos de Giseh, no he dejado de tenerlos siempre presentes, y en mis correrías en los alrededores del Cairo, continuamente he tenido delante estas grandes imágenes de los tiempos pasados, y deseaba verlos de cerca, contemplarlos á mi satisfacción, y al efecto me uní con una caravana de viajeros. Escoltados de una multitud de árabes llegamos á la falda de la montaña líbica: subimos algunas colinas de arena cuya superficie desnuda y parda contrasta con el rico verdor de las campiñas de las orillas del Nilo: en fin, vedme aquí delante de la gran pirámide de Cheops: los guías nos hicieron entrar en una gruta subterránea junto á la basa del gran monumento. Si se me preguntara qué impresiones he sentido, y qué ha pasado en mi espíritu cuando he visto y tocado esta masa gigantesca, diría, que mis ideas, como las de otros viajeros, han sido muy confusas, de modo que es difícil esplicarme: al principio sentí algo de aquella sorpresa que se experimenta al mirar un lugar muy elevado, ó al aspecto de un peñasco que amenaza con su caída: despues me puse á pensar en el espíritu poderoso del hombre de cuyas manos salió esta montaña de piedra. Así en las obras maestras del arte, creemos al primer instante ver algun espectáculo grande de la naturaleza, pero la reflexion nos

conduce despues á considerar el talento creador del artista: cuando vemos en la *Iliada* á Júpiter arqueando as cejas, y lanzando el rayo desde la cumbre del monte Ida, creemos asistir á una escena del Olimpo; pero luego pensamos en el genio poético que ha pintado este cuadro grandioso, y la emocion que nos causó el espectáculo sublime se convierte en admiracion hácia el poeta, autor de esta maravilla. Lo mismo sucede con las pirámides, á quienes se admira al primer aspecto como á un prodigio de la creacion, y despues como á una maravilla del trabajo y de la inteligencia de un gran pueblo.

Dimos un paseo alrededor de la pirámide, y atravesando arenas y escombros llegamos á la abertura por la que se entra en lo interior del monumento. Todos mis compañeros se resolvieron á entrar por ella, y aun yo, sin consultar mis fuerzas, quise seguirlos: bajamos por un primer conducto, en el que no podiamos estar derechos: un árabe iba por delante de mí, y otro por detras, llevando cada uno de ellos una hacha encendida: al principio solo me dejé resbalar sobre piedras lisas, pero en llegando al primer canal, se presentaron otras dificultades, porque se estrecha el paso, y tiene uno que arrastrarse entre arenas y ruinas, luego se sube por otros conductos estrechos, de modo que mis árabes tan pronto me tiraban por los brazos, tan pronto me empujaban por los hombros. Entónces reflejé en que me ocurrió ya muy tarde el pensamiento de ver las pirámides. Finalmente, me faltó el valor y tuve re-

celo de dejar mis huesos en el sepulcro de los Farao-nes, con cuyo motivo volví atras mis pasos, y al fin salí por donde habia entrado. Al cabò de tres cuartos de hora salieron mis compañeros, pálidos, desgarrados y cubiertos de polvo, y sin haber visto mas que lo mismo que han descrito todos los viageros.

Las salas de la reina y del rey se hallan en el centro de la pirámide, y para llegar allá se baja por el conducto de que ántes hablé, y se sube á continuacion por otro canal: se atraviesa despues una especie de galería que conduce á la primera sala, en cuyo lugar colocan los viageros el sepulcro de la esposa de Faraon: para llegar á la sala del rey, que está arriba, es preciso pasar por caminos aun mas difíciles que los primeros, porque se sube por un conducto muy pendiente, llegando al término de este se atraviesan grandes pasadizos, se pasa debajo de bovedas, unas bajas y otras altas, y al fin se entra en la sala misteriosa, donde se halla un sarcófago de granito, lo que ha dado motivo á creer que estuvo sepultado allí el rey, fundador de la pirámide.

Mis compañeros despues de un momento de reposo quisieron subir á la cumbre del monumento; pero yo me quedé sentado en mi piedra, siguiendo con los ojos á la alegre caravana, que subió doscientos tres escalones en ménos de media hora: cuando llegó á la extremidad, parecia una parvada de águilas parada en la punta de una roca: cuando bajaron mis viageros me dijeron que yo y los árabes les habiamos parecido hor-

migas: por esto se ve que en las pirámides como en el mundo político, parece uno pequeño ó grande según el lugar donde está colocado: ¡á cuántos hombres en nuestras révoluciones de Europa se les ha tenido por águilas, cuando se les veía desde abajo, y que no parecen mas grandes que las hormigas, cuando se les ve desde arriba!

Para formar alguna idea de esta pirámide, se deben conocer sus dimensiones, y al efecto puede leerse la descripción de Jomard que midió con la mayor exactitud la base, la altura y los lados de este monumento. Hoy sabe todo el mundo que la primera pirámide tiene cuatrocientos veintiocho piés y medio de altura sobre el zócalo, pero contando con este y con dos hileras de piedras que le faltan, la altura primitiva fué de cuatrocientos cincuenta piés: su base cubre un espacio como de quinientos quince mil piés cuadrados. Estos cálculos presentan la idea de una masa espantosa; mas para aumentar, si es dable, la admiración, y para hacer mas familiar la imágen de estas extraordinarias dimensiones, y presentar á los ojos de algun modo este prodigio, diré que la pirámide de Cheops es cuatro veces mas alta que la columna de la plaza de Vandome, y cada uno de sus lados es igual á la fachada del palacio de las Tullerías. Todo el monumento tiene setenta y cinco millones de piés cúbicos, y podria contener tres mil setecientas salas como las del rey y de la reina. Tengo á la vista el cálculo de Fourier, secretario perpetuo del instituto de Egip-

to, y mi compañero en la Academia, y resulta de este cálculo, que si se emplearan todas las piedras de la gran pirámide en hacer una muralla de diez piés de alto y de un pié de grueso, cubriria esta muralla el espacio de seiscientas cincuenta y cinco leguas: Bonaparte que se ocupó tambien de este problema aritmético, obtuvo el mismo resultado, y decia que era capaz de construir con el monumento de Cheops un muro que encerrara en su recinto toda la Francia. Según estos cálculos me parece que con las tres pirámides de Giseh, se edificaria una ciudad mayor que Londres ó Paris. El ápice no termina en punta sino en una plataforma de seis varas y media en cuadro. Savary hace una pintura muy viva del magnífico espectáculo que se le presentó cuando llegó á subir á la cúspide de este monumento. „Sentado, dice, sobre la obra humana mas maravillosa, como sobre un trono, veiamos alternativamente ya un desierto espantoso, ya fértiles llanuras donde los campos Eliseos fueron imaginados; pueblos esparcidos por un lado, rodeados de palmas y arboledas: un magestuoso rio sobre el que los barcos surcaban á toda vela, y por cuanto alcanzaba la vista no se descubrian sino obras al parecer de gigantes. El universo entero no presenta un paisage mas variado, mas magnífico ó mas tremendo.”

Pero ¿quién fué el genio atrevido que concibió y ejecutó proyecto tan grandioso? ¿Con qué designio pudo hacer una obra tan suntuosa? Herodoto dice que fué edificada la gran pirámide por el Faraon Cheops; pero

el célebre Champollion, fundado en la autoridad de Manethon y en algunas razones, atribuye esta empresa maravillosa á Souphi, primer rey de la cuarta dinastía. Este monarca existió algunos siglos despues del diluvio; pero sí, ántes de la llegada de Abraham á Egipto, de donde se infiere que esta prodigiosa pirámide es hoy la obra tal vez mas antigua que ha salido de la mano de los hombres, y muy anterior á Cheops, quien segun Herodoto vivió cinco reinados ántes que Sabacon el etiope, personaje que existió en la época de la fundacion de Roma. En cuanto al destino de este monumento y de los otros de su clase que están cerca de él, hay mil opiniones; pero lo cierto es, que en la sala llamada del rey, aun se conserva una sarcófago de granito, y en la pirámide de Chefren, (cuya mole solo tiene como trece varas ménos de altura que la primera) se halló otra cámara con su sarcófago donde encontró Belzoni unos huesos de buey, que hoy están en el museo británico. Este hallazgo, por extravagante que parezca, no lo será para los que sepan los grandes honores que en Egipto se daban á los bueyes, especialmente á Apis.

Para hacer Souphi su pirámide, tuvo primero la necesidad de mandar construir una calzada que sirviera para conducir por ella las enormes piedras del edificio principal. En hacer la calzada se gastaron diez años; pero en fabricar el monumento piramidal se gastó doble tiempo, como que á todas las dificultades de la empresa fué preciso añadir la de labrar, trasportar y co-

locar piedras tan grandes, que segun Herodoto ninguna tiene ménos de diez varas de tamaño.

No léjos del monumento de Souphi, están las pirámides de Chefren y Micerino, obras tambien gigantescas, bien que menores que la primera: hay ademias muy cerca de esta otras cinco pirámides pequeñas que tambien fueron tumbas reales. A gran distancia están las pirámides de Sakhara, las que á pesar de ser muchas, no llaman demasiado la atencion de los viageros, porque ni son tan grandes como las de Giseh, porque algunas son de ladrillo, y por estar muy deterioradas; pero segun Champollion parecen anteriores á las magnificas de Cheops, Chefren y Micerino.

A la gran pirámide.

¡Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y poderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolacion trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dá la mano
La eternidad que fué con la futura:
La voz de lo pasado en tí murmura,
De una tierra ya muda escorabro vano.

¿Qué tiempos, di, qué triunfos, qué mudanzas
Has presenciado? Cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre!....
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez, se han abismado,
Reyes, sabios, guerreros, han pasado,
Y en el olvido mísero se hundieron.

De tus autores pereció la historia,
Tal vez su polvo, que arrebató el viento,
Deforma el exterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, á un punto disminuida
Do te acercas al cielo, ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas,
Y su esperanza al suelo reducida?

Cuando tu incierto origen indagamos,
Escribe en tí, cual en funérea losa,
El irónico tiempo: ¡Obra gloriosa
Del soberbio, del grande que ignoramos!

Esfinge.--Pero dejando á un lado estos sepulcros gloriosos, pasemos á otro soberbio monumento que está cerca de la grandiosa obra de Chefren: hablamos de la Esfinge colosal. Esta es una enorme estatua que representa un monstruo fabuloso con cabeza de muger y cuerpo de leon, y está esculpido en una roca maciza. Tiene su cuerpo mas de treinta y una varas de longitud, y está casi todo él cubierto de arena sobre la que levanta su cabeza que tiene como veintiocho varas de contorno en la frente. Aunque la nariz y el labio superior están mutilados por los bárbaros, tiene la cara las fac-

ciones de un etiope ó negro. Es prodigiosa la anchura del contorno de las orejas de la Esfinge; y está cubierta su cabeza con una caperuza colocada encima de las cejas, muy ancha, y acanalada en toda su extension. La situacion de este coloso, cerca de la segunda pirámide y de su templo, anuncia claramente que estaban en relacion ambos monumentos. Asegura Plinio que en su tiempo habia una comunicacion subterránea entre una pirámide y el cuerpo de la Esfinge, y aun hoy se nota en lo alto de su cabeza una escavacion de mas de una vara, y el resto de su profundidad estaba lleno de arena. M. Coutelle emprendió con suceso quitar la arena de los alrededores de la Esfinge, y descubrió el lomo y piernas de leon. Denon, despues de examinar este coloso dice: aunque las proporciones son gigantescas, el contorno es puro, y la expresion dulce, graciosa y tranquila: la fisonomía es africana, y aunque son gruesos los labios, la boca muestra una dulzura y delicadeza de ejecucion verdaderamente admirable, y parece de carne y que tiene vida. Debió haber llegado la escultura á un alto grado de perfeccion cuando fué trazado este monumento.

Belzoni con la asistencia de algunos árabes consiguió quitar la gran cantidad de arena que cubria el pecho y manos de esta figura, hasta descubrir entre las manos de la Esfinge un templo de gran dimension, formado de una sola piedra, y un sepulcro debajo de una de sus garras. Lo que Belzoni llama templo, para otros son

galerías subterráneas cavadas en la piedra que comunicaban con la pirámide.

En la cabeza de este monstruo colosal pudo leer un viagero una inscripción en caracteres geroglíficos que datan del reinado de Faraon Toutmosis IV. Este hallazgo interesante prueba la prodigiosa antigüedad del monumento, porque este rey fué nieto de Totmosis III. (Meris) que es el Faraon que se anegó en el mar Rojo cuando iba en persecucion del pueblo de Israel, y por lo mismo la Esfinge es contemporánea de Moises que aun vivia en tiempo de Toutmosis IV.

Batalla de las pirámides--A la vista de este coloso y de las estupendas pirámides, el general Bonaparte dió la ruidosa batalla de este nombre digna de un gran recuerdo, no porque se hubiera dado para sostener una causa tal vez injusta, sino porque prueba la destreza del general y la superioridad que en todos tiempos se ha debido á la táctica y disciplina militar.

El ejército se veia precisado á marchar tomando grandes precauciones. Toda la llanura se habia cubierto de mamelucos montados en excelentes caballos árabes, armados con pistolas, carabinas y mosquetes, los mas de ellos de las mejores fábricas inglesas; cubiertas las cabezas con soberbios turbantes cuyos plumages ondeaban en el aire; adornados con ricos vestidos y armas que centelleaban con los rayos del sol. Mirando con el mayor desprecio al ejército frances, compuesto casi todo de infantería, aquella brillante caballería de bárbaros espiaba todas las ocasiones para atacarlos, de

suerte que ni un solo rezagado podia escaparse del cortante filo de sus alfanges; sus acometimientos eran rápidos como el viento, y como los frenos de las bridas de sus caballos les permitian detenerlos repentinamente ó hacerles volver atras sin dejar el galope, sus retiradas no eran ménos veloces. Aun los mas veteranos del ejército de Italia por de pronto se aturdieron con este nuevo modo de pelear, y perdieron varios hombres; sobre todo, cuando el cansancio les precisaba á separarse de sus filas, pues entónces nada podia salvarles; pero muy luego se familiarizaron con los ataques de los mamelucos cuando descubrieron que cada gineete llevaba consigo todo su caudal, que en algunos de ellos ascendia á sumas considerables en oro.

Durante estas alarmas, se sostenia la jovialidad de los franceses, á pesar del cansancio y de los peligros de la marcha. Los borricos, que son los únicos animales de carga que se encuentran fácilmente en Egipto, servian de caballerías á los sabios que seguian la expedicion y llevaban sus instrumentos científicos. El general habia mandado que se vigilase mucho para su seguridad; pero como los soldados no miraban con mucha importancia á aquellos ciudadanos, reian á carcajadas en todas las filas, cuando preparándose á recibir á los mamelucos, los generales de division gritaban con el laconismo militar: „Colóquense los borricos y los sabios en medio del cuadro.” Los soldados tambien se divertian llamando semisabios á los borricos; pero en algunos momentos apretados, maldecian á aquello